

Laudatio pronunciada con motivo de la
investidura de D. Humberto López Morales
como Doctor Honoris Causa por la
Universidad de Chile

(SANTIAGO, 14 DE NOVIEMBRE DE 2008)

Alfredo Matus Olivier
Universidad de Chile

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos qu'el oro oscurecían.

Garcilaso de la Vega, Soneto XIII

La historia empieza, como siempre, en Grecia. Y, cómo no, con un intento de violación, frustrado, y una rama de laurel. El poema de Garcilaso y la famosa talla marmórea de Bernini correfieren al viejo mito de Dafne y Apolo. Esta vieja historia mediterránea es de sobra conocida. Apolo, luminoso dios del Olimpo, enamorado sin medida de la resplandeciente ninfa Dafne, apasionadamente la persigue. Ella, esquiva, le rehúye, y, para no ser ultrajada por la deidad se va transformando en laurel, árbol de hojas verdes y perennes.

A Dafne ya los brazos le crecían
 y en luengos ramos vueltos se mostraban;
 en verdes hojas vi que se tornaban

Trabajo rigurosamente filológico, el que se me encomienda. No el del *stemma* lachmanniano, con sus dos fases de la *recensio* y la *enmendatio*, sino el mucho más ceñido, sutil y canónico, de la *laudatio*. Texto es lo que tenemos por delante en esta operación hermenéutica, filología pura y viva, el texto de una vida, en plena sazón y vigencia, un quehacer creador y un discurso existencial únicos. La *laudatio* pertenece al género encomiástico, pero no al del *Encomion moriae seu laus stultitiae* erasmista, sino, por el contrario, al del *Encomion doctoris seu laus sapientiae*. Encomio es lo que me corresponde hacer en esta hora, “alabanza encarecida”, dice el Diccionario Oficial. Tal vez, *epinicio*, oda sobre la victoria (*epi nike*), a lo Píndaro, o simplemente *panegírico*, “discurso de loa, laudatorio, encomiástico que se pronuncia en loor o alabanza de alguien”, para todo el pueblo (*pan agyris*). Es abundante el léxico de lo encomiástico, *loor*, *loa*, *alabanza*, *elogio*, *vítor*. Nacieron estas voces para celebrar la victoria deportiva, la de los juegos olímpicos, para reconocer el valor de la persona del atleta, el triunfo de lo bello, de lo noble, de lo verdadero por sobre la grisácea medianía ambiente. Viajaban semanas por los caminos de Grecia, recorrían cientos de kilómetros, no más que por alcanzar la victoria, no más que por conseguir una modesta rama de laurel y así quedar “laureados” para la eternidad.

En algunas universidades europeas, el acto del laurel (este acto de investidura) reviste enorme pompa. Los catedráticos claustrales van revestidos de sotana, toga y esclavina, en vistosos colores según las facultades, e ingresan al paraninfo (siempre me he preguntado por la motivación etimológica de este nombre, “cerca de las ninfas o limfas”), en solemne procesión, acompañados de orquesta y coro. Y al atleta intelectual se le entregan, en ceñido rito litúrgico y con palabras canónicas, el birrete (“... para que no sólo deslumbres a las gentes, sino que además, como con el yelmo de Minerva, estés preparado para la lucha”), el anillo (“La Sabiduría con este anillo se te ofrece voluntariamente como esposa en perpetua alianza...”), los guantes blancos (“... símbolo de la pureza que deben conservar tus manos... sean distintivos también de tu singular honor y valía”) y el libro (“He aquí el libro abierto para que descubras los secretos de la Ciencia... helo aquí cerrado para que dichos secretos, según convenga, los guardes dentro de tu corazón”). Y, en seguida, tomando asiento en prominente podio se le insta: “Toma asiento en la cátedra de la Sabiduría y desde ella, descollando por tu ciencia, enseña, orienta, juzga, y muestra tu magnificencia en la Universidad, en el foro y en la sociedad”.

Todo esto tiene mucho de iniciación y rito esotérico, de religiones místicas y ceremoniales babilónicos y egipcios. La Casa de Bello se ha caracterizado siempre por su racionalismo y una sobriedad casi espartana, estilo que le imprimió su fundador, el circunspecto, moderado, riguroso gramático y polígrafo don Andrés Bello. Su espíritu sopla por estos viejos corredores y soportales decimonónicos. Y en esta ceremonia, de austera severidad, sólo recibirá, nuestro ilustre doctorando, un certificado y una medalla. Una medalla, eso sí, que lleva, grabada a fuego, las ramas del laurel.

No queremos ingresar en ese vertiginoso trance de las enumeraciones. Vertiginoso y profuso, en verdad, cuando se trata de una personalidad científica de primer rango y de trayectoria completamente fecunda, como la de Humberto López Morales. No es momento de exhibir colecciones, intrínsecamente coleccionistas como somos los de esta burbuja del tiempo que transcurre y se nos va inexorablemente. “El verdadero método para hacerse presentes las cosas –escribe Walter Benjamin, en su monumental *Libro de los pasajes*– es plantarlas en nuestro espaci(o) (y no nosotros en el suyo). (Eso hace el coleccionista, y también la anécdota.) Las cosas, puestas así, no toleran la mediación de ninguna construcción a partir de “amplios contextos”. La contemplación de grandes cosas pasadas –la catedral de Chartres, el templo de Paestum– también es en verdad (si es que tiene éxito) una recepción de ellas en nosotros. No nos trasladamos a ellas, son ellas las que aparecen en nuestra vida”.

Plantemos en nuestro espacio esta trayectoria sorprendente sin ánimo cuantitativo, aunque sin despreciar las cifras que, en una trayectoria como la que ahora exhibimos globalmente, adquieren la categoría del sentido. Lo cuantitativo está tan intrínsecamente insuflado por lo cualitativo, por esa categoría semántica que da coherencia y cohesión a una existencia científica en plenitud, que los datos y las enumeraciones adquieren aquí el relieve de lo sustantivo, esa sombra mística de que habla Ortega y Gasset. Como ha escrito el filósofo de la razón vital: “El ‘sentido’ de una cosa es la forma suprema de su coexistencia con las demás; es su dimensión de profundidad. No, no me basta con tener la materialidad de una cosa, necesito, además, conocer el ‘sentido’ que tiene, es decir, la sombra mística que sobre ella vierte el resto del universo”.

Dejemos que la riqueza de sus aristas nos permita la contemplación intelectual de las grandes construcciones del espíritu. Humberto López Morales ha sido poeta mayor en el más originario sentido de la palabra, el del *étymon*. *Creador*, por antonomasia, buscador de lo nuevo, decidor de lo no dicho, investigador intrínseco, heurista y hermeneuta al mismo tiempo, en un quehacer volcado a la alteridad, a la dación completa, por la palabra, a la dimensión del Otro, en acto íntegro, generoso, gratuito y

total. Docencia e investigación —es decir, pura y radical entrega— son los pilares que sustentan esta existencia colmada de realizaciones superiores. Los contenidos de su docencia han versado siempre, estrictamente, sobre temáticas “de punta”, como dirían los científicos de la naturaleza, en el borde mismo de la frontera del conocimiento de las ciencias del lenguaje. Su docencia la ha ejercido desde las cátedras profesadas en la University of New Hampshire, Durham; en la University of Texas, Austin, Texas; en la Rice University, Houston, Texas, y en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. En ellas ha dirigido 20 tesis de maestría y 23 de doctorado. De vasta proyección, asimismo, ha sido su labor como profesor visitante, desplegada en 33 universidades de América y Europa. Dentro de ella, por mencionar solo su acción docente en Chile, recordemos que, en 1981, enseñó en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso; en 1982 y 1991 lo hizo en la Universidad de Concepción; en 2003 y 2005, en la Pontificia Universidad Católica de Chile y, en esta misma casa, los años 1976, 1999 y 2008. Ha dictado conferencias y cursillos en alrededor de 30 países, entre los cuales, 15 hispanoamericanos; en 9 oportunidades lo ha hecho en Chile y, en esta universidad, en 1976, 2002 y 2008. Pero su acción magisterial suprema, en esta intensa práctica de la docencia superior, ha sido la fundación de la Escuela de Lexicografía Hispánica (en el 2000), la que ha dirigido durante estos ocho años, erigiéndose en un programa, único en el mundo, orientado a la formación de diccionaristas especializados en lexicografía académica, destinados a colaborar en las funciones de todas las academias del mundo hispánico (22 entidades), que trabajan en los procesos de estandarización y normalización de la lengua española, en su difusión y cultivo planificado, dentro de los propósitos de unidad de este enorme y potente medio por el que nos comunicamos cerca de 500 millones de hablantes. La mayor parte de sus egresados laboran en los proyectos lexicográficos panhispánicos de la Asociación (Diccionario Oficial, Diccionario Panhispánico de Dudas, Diccionario del Estudiante, Diccionario Práctico del Estudiante, Diccionario Académico de Americanismos). Este último, que verá la luz y será presentado en el V Congreso Internacional de la Lengua Española (Valparaíso, marzo de 2010), se cuenta entre las empresas monumentales que dirige nuestro galardonado de hoy. Además de los trabajos lexicográficos, los graduados de esta Escuela colaboran en otras obras académicas de gran entidad, como lo son la nueva Ortografía de la Lengua Española y la tan esperada, e igualmente grandiosa, Gramática de la Lengua Española. Y, por cierto, estos noveles lexicógrafos también cooperan en los proyectos particulares de las academias, como, por ejemplo, el Diccionario de uso del Español de Chile (DUECh) y los diccionarios escolares chilenos, de la Academia Chilena de la Lengua, planificados para el 2010. De enorme relevancia resulta destacar

que muchos de estos jóvenes lexicógrafos graduados en esta Escuela ya empiezan a destacarse por su dedicación a la metalexigrafía y a la llamada lexicografía científica, a través de la cátedra universitaria, la investigación, la participación en congresos internacionales y la producción bibliográfica.

La actividad desplegada en su participación activa en 278 congresos y simposios es verdaderamente sorprendente. Porque Humberto López Morales no ha ido, a estos 278 congresos, a sentarse y a escuchar. Su actuación ha sido siempre protagónica y de liderazgo científico. Sólo en Chile, ha sido actor principal en el VII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (Santiago, 1976), en el Seminario Internacional sobre “Planificación de la enseñanza de la lengua materna” (en esta Universidad de Chile, 1981), en el VII Seminario de Investigación y Enseñanza de la Lingüística” (Valparaíso, 1987), en el VII Congreso de la SOCHIL (Valparaíso, 1991), en el IX Seminario de Investigación y Enseñanza de la Lingüística (Concepción, 1991), en el IV Congreso Internacional sobre “El español de América” (Universidad Católica de Chile, 1992), en las I Jornadas de Lexicografía del Cono Sur (Academia Chilena de la Lengua y Universidad Católica de Valparaíso, 1997), en el XII Congreso Internacional de ALFAL (Universidad de Santiago, 1999) y en el Homenaje a Marianne Peronard (Universidad Católica de Valparaíso, 2001). Ha sido miembro de las comisiones de honor, organizadora y científica de múltiples reuniones científicas, entre las cuales el II Congreso Internacional de la Lengua Española (Valladolid, 2001), el III (Rosario, 2004), el IV (Cartagena de Indias, 2007) y el V (Valparaíso, 2010).

No es raro que esta enorme actividad, volcada en la investigación y la docencia, o más bien, en el quehacer creativo, investigador de lo nuevo y generoso dador de lo no dicho, encontrado por sí mismo, que se proyecta naturalmente hacia el otro a través de las publicaciones y el magisterio, manifestado tanto en los cursos regulares universitarios, como en su intensa actividad como profesor visitante de diversas universidades del mundo, haya merecido los más altos galardones. Además de los reconocimientos implícitos que entraña su condición de profesor visitante de múltiples universidades, vale la pena mencionar su pertenencia a cerca de 30 academias y sociedades científicas, en algunas de las cuales ha desempeñado las más altas y honrosas funciones: actual Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua Española, desde 1994; Presidente de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina, durante 12 años, además de Presidente de Honor desde 1999; Presidente de la Sociedad Lingüística del Caribe Hispánico, desde 1982 (ya durante 26 años); Presidente de la Asociación de Historia de la Lengua Española, desde 2003. Miembro de Número de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española y Correspondiente de la Real Academia

Española, ha sido distinguido como miembro de honor y correspondiente de 13 academias hispanoamericanas, además de la Puertorriqueña, de las Chilena (en 1995), Colombiana, Uruguaya, Salvadoreña, Norteamericana, Paraguaya, Argentina, Nicaragüense, Filipina, Guatemalteca, Panameña y Cubana. Como Secretario General de la Asociación de Academias hay que señalar que nunca, este organismo de carácter internacional, tuvo la proyección y la entidad que Humberto López Morales ha logrado imprimirle: significación y realce de “América en la lengua española” (lema de nuestro próximo congreso), intercomunicación al día, orientación de los quehaceres en la perspectiva actual de las ciencias del lenguaje, confraternidad en el diálogo, rigor en los proyectos. Asimismo, en los doce años en que fue Presidente de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina, fue capaz de llevar a esta corporación al más alto nivel científico de sus actuaciones internacionales, tanto en los congresos, como en los proyectos y publicaciones que, a través de ella, alentó.

Además de las distinciones mencionadas, ha recibido muchísimos galardones del más alto rango, como la Medalla de Oro de Benalmádena, la Medalla Andrés Bello de Venezuela, la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, entre muchas otras. Y, por cierto, el máximo reconocimiento que otorgan las universidades a las más excepcionales personalidades de la ciencia: el grado de *doctor honoris causa*, por las universidades de Valladolid, de Alicante, de Alcalá, de Salamanca, de Las Palmas de Gran Canaria, de Costa Rica, de San Marcos de Lima, de Lleida, de Sevilla y, desde hoy, de la Universidad de Chile.

Fuera de desempeñarse como asesor científico de diversos organismos oficiales de Estados Unidos, Puerto Rico, México y Argentina, y de haber participado como jurado en prestigiosos premios internacionales (como el Cervantes, el Príncipe de Asturias y el Reina Sofía), pertenece al comité editorial de 22 revistas especializadas, con las cuales ha contribuido no solo prestando su nombre, lo que ya de por sí constituye un auténtico aporte, sino publicando ensayos lingüísticos de su autoría. Entre ellos, y desde 1992, en dos publicaciones chilenas, RLA, de la Universidad de Concepción, y el *Boletín de Filología* de la Universidad de Chile.

Y el árbol mayor. Frondoso, ¿cómo dar cuenta de él? El árbol de la ciencia, ¿cómo lo categorizaría Ramón Llull? El robusto árbol de la ciencia con sus frutos. No podría dar cuenta, con justicia, de las muchas y significativas publicaciones de Humberto López Morales, ni mucho menos de la enorme repercusión de su pensamiento y de su obra en la lingüística contemporánea. Son cientos las reseñas y menciones de sus obras en la literatura especializada de la lingüística actual. Como dice el Prof. Julio Borrego, de la Universidad de Salamanca: “tomen cualquier libro reciente sobre, por ejemplo, el español

de América escrito en cualquier lengua o en cualquier lugar del mundo y cuenten las citas”. Pero dejemos este asunto para la próxima *laudatio* y recordemos, por ahora, que ha publicado 44 libros de auténtica entidad, algunos de los cuales se los puede considerar ya clásicos, como, por ejemplo, la *Introducción a la lingüística generativa* (1974), obra absolutamente pionera en el mundo hispánico; la *Estratificación social del español de San Juan de Puerto Rico* (1983), verdadero modelo de descripción diastrática en perspectiva laboviana; su famosa, y tan utilizada por investigadores y estudiantes, *Sociolingüística* (1989, la 1ª ed.); su igualmente señero trabajo sobre *Métodos de investigación lingüística* (1994); *La aventura del español de América* (1998, 1ª ed.), libro que él llama de divulgación, aunque todos sus contenidos se basan en investigación de primera mano realizada por él mismo; el fundamental y fundamentado estudio sobre *La globalización del léxico hispánico* ((2006), por no demorarme en su sólida línea de trabajos literarios, a los que habría que dedicar una tercera *laudatio*, indagaciones sobre literatura medieval, sobre Juan del Enzina, Torres Naharro, sobre los orígenes del teatro castellano, sobre los dramaturgos menores del siglo XVII, sobre *La Celestina*, y un largo etcétera, y que incluye, un título imprescindible, la *Historia de la literatura medieval española* (1975), lo que lo inserta en la más neta y venerable dirección filológica que se remonta a los griegos y que implica una concepción integrada de lo lingüístico y lo literario, erigiéndose también por esto en una *rara avis*, como diría Jakobson, entre los glotólogos, habitualmente sordos a la función poética.

Por otra parte, Humberto López Morales ha publicado 223 artículos, dejando de lado las publicaciones electrónicas, las ediciones de actas, la dirección de colecciones y volúmenes colectivos. Entre estos últimos, no puedo dejar de mencionar, por su extraordinaria significación, la ya renombrada *Enciclopedia del español en los Estados Unidos*, recién presentada en Madrid, Nueva York, Washington y Miami. Me complace solo recordar, en esta hora, los artículos publicados en nuestro Boletín de Filología: “Elisión de /s/ y ambigüedad de la frase nominal en el español de San Juan” (1981), “Precisiones sobre el concepto de competencia sociolingüística” (1993-1994) y “Los estudios de disponibilidad léxica: pasado y presente” (1995-1996).

Como se advierte, las diversas áreas de su quehacer se concentran en teoría del lenguaje y lingüística general, epistemología y metodología de la lingüística, descripción y cambio lingüísticos, estudios léxicológicos, gramaticales y fonofonológicos, investigaciones de variacionismo diacrónico, diatópico y diafásico e indagaciones metalexigráficas, y todo, en perspectiva unitaria, articulada por esa “sombra mística” del sentido, de la unidad y la coherencia, gracias a su enfoque rigurosamente sociolingüístico y a su direccionalidad vocacionalmente hispánica. El mismo Prof. Borrego

reconoce, con otros estudiosos, cinco campos sobresalientes de la magna obra de López Morales: “en al menos cinco de los campos que toca en sus trabajos, a saber, el teatro medieval, la gramática generativa, la sociolingüística, la disponibilidad léxica, y la medida de la madurez sintáctica, tales trabajos no sólo constituyen referencia obligada de los especialistas, sino que, en su momento, resultaron fundacionales, es decir, introdujeron en la lingüística de habla española cuestiones, corrientes o inquietudes hasta entonces desconocidas”.

Del mismo modo, sus estudios sobre lingüística aplicada a la enseñanza de la lengua materna y sobre mortandad léxica resultan pioneros en el contexto internacional.

Docencia e investigación, cátedra y producción bibliográfica en extremo excelentes. Dos pilares de un quehacer intelectual de excepción. Su cátedra se caracteriza por la claridad, el rigor y la amenidad con que logra desafiar a los estudiantes, que lo siguen con fidelidad creativa de auténtico discípulo. Muchísimos son, en verdad, los discípulos que, con particular sello “lopezmoraliano”, hoy hacen avanzar la disciplina y la docencia universitarias en estos campos del lenguaje y de las lenguas humanas. Largo sería mencionarlos en esta oportunidad. Su producción bibliográfica está marcada por la rigurosidad teórica, la estrictez metodológica, la adecuación empírica en ámbitos siempre fronterizos del conocimiento lingüístico. No hay otro conocedor más integral del español de América, no solo por sus trabajos científicos, importantísimos tanto en las interpretaciones globales de la más importante modalidad diatópica de la lengua española (confróntese, por ejemplo, *La aventura del español de América*, que tuvo el honor de presentar en la Casa de América de Madrid, en 2005), como en las descripciones de algunas de sus áreas (fundamentalmente, del Caribe hispánico), no solo por sus trabajos científicos, digo, sino también porque es un conocedor factual, empírico, que ha recorrido, y en diversas oportunidades, todos, absolutamente todos los rincones de la geografía hispanoamericana. No hay dudas, pues, de que Humberto López Morales es uno de los pocos lingüistas que, junto con Roman Jakobson y Eugenio Coseriu, parafraseando el famoso aforismo de Terencio, pueden afirmar con total propiedad y consistencia: “Lingüista sum, linguistici nihil a me alienum puto”.

No, esta no es una historia de violación, como empecé diciendo. Una historia de amor imposible, más bien. Una rama de laurel. Como la del vencedor victorioso de Olympia. No hay galardón más pleno. No hay galardón más limpio: el que se obtiene tras una gran carrera, el auténtico curriculum, el de una existencia generosa, ubérrima en frutos para todos. “A Dafne ya los brazos le crecían...” y le siguen y le seguirán creciendo, y su ramas de un verde perenne ya abrazan, con la irresistible pasión de Eros, las sienas de

nuestro, mejor dicho que nunca, *nuestro* Humberto López Morales, maestro que ha hecho de la lengua española su vocación, su pasión y su ética, vertiendo ahora esa sombra mística del sentido sobre nuestra grande, nuestra única, nuestra genuina y maestra Casa de Bello.